## EDITORIAL

Nos complace presentar este nuevo número de nuestra revista DIÁLOGOS sobre Arte y Cultura, el quinto, y decidimos hacerlo en el Día Nacional de los Patrimonios como una forma de sumarnos al espíritu y propósito de esta celebración. Es por ello que hemos intentado que los textos que componen la revista estén en esta ocasión vinculados a esta temática.

Gran parte de los autores que publican en esta edición de "Diálogos" son partícipes del Taller Literario de la Agrupación o miembros de ella. En este sentido es una gran satisfacción relevar a los talleristas a través de la publicación de este quinto número que esperamos genere resonancias diversas en quienes nos lean.

No obstante ello, la revista ha sido concebida como un espacio de expresión heterogéneo, plural y diverso que acoja no solo a los integrantes del Taller Literario, sino que sea una plataforma de expresión de la comunidad, especialmente de aquellos autores noveles que recién se asoman a la labor escritural. Por tanto, desde el número anterior hemos abierto un espacio para jóvenes y adolescentes como una forma de estimular en ellos el trabajo creativo en el ámbito literario. Esto lo hacemos en la convicción de que la literatura constituye un ejercicio de indagación sobre la realidad y sobre nosotros mismos. Es un viaje en el que buscamos el sentido de esa realidad y una vía de auto perfeccionamiento. En esta aventura nos convertimos en intérpretes de nuestra propia existencia y las palabras nos abren las puertas del mundo de las imágenes simbólicas en cuya exploración recibimos «pequeñas revelaciones espirituales» que nos permiten vislumbrar por momentos el sentido último de la realidad. Es, por tanto, un espacio sacramental de aproximación a la comprensión del sentido profundo de la existencia, proceso que suscita una suerte de transfiguración, una alquimia a través de la cual se promueve un crecimiento interior.

Esaú Mourgues O.
Presidente Agrupación Cultural G M B

# UNA CALLE DE MI BARRIO

Esaú Mourgues O.

En verano las calles y veredas de mi barrio eran la polvareda adherida a la ropa y al rostro sudoroso de los chiquillos corriendo tras la pelota en la improvisada cancha. En invierno, eran los pies embarrados de las "regatas" infantiles en las acequias formadas tras las lluvias. Nuestra calle era también parte de esa ruta ancestral que de valle a cordillera recorrían en su trashumancia los arrieros y sus piños. Asimismo, era el destino del épico viaje del carbonero con sus bueyes, su perro y su carreta; o el del cochayuyero y su enorme cargamento a lomos de sus diminutas mulas. Era también, mi calle, el escenario de aquellas largas competencias de destreza en el dominio del trompo o de las bolitas, raras veces interrumpidas por el paso de un automóvil, pues, en mis años infantiles, la circulación de vehículos motorizados era muy escasa. Y lo fue, hasta que en los años sesenta aparecieron los camiones transportando, como pesadas bestias, la remolacha para la planta de la IANSA. Aunque sé que la transformación y el cambio son inevitables y hasta tal vez necesarios, siento que eso lo trasformó todo.

Nuestra calle era un armónico y pacífico universo poblado de seres diversos; ricos y pobres, cuerdos y locos, viejos y niños; a los que se sumaban aquellos personajes que de vez en cuando, aparecían ofreciendo los servicios de oficios hoy desaparecidos; el afilador de cuchillos convocando a posibles clientes con el melodioso sonido de su flauta de pan, el vendedor de jaibas y pescado ahumado voceando su mercadería en las tardes invernales, el pitido agudo del lechero en su carretón tirado por un caballo blanco, el soldador de ollas y el estirador de somieres cuyos pregones ya no recuerdo.

En aquellos años la "ciudad" era mucho más pequeña. De tal modo que, hacia el poniente, terminaba en calle Yungay a cuatro o cinco cuadras de la Plaza de Armas. Ya no lo recuerdo muy bien, pero lo que sí recuerdo es que allí estaba mi barrio y que más allá de esa calle estaban los campos agrícolas con sus potreros, sus chacras de maíz y sus arrozales y que éstos no solo producían los valiosos granos blancos y amarillos, sino también, enormes cantidades de zancudos que en las tardes estivales atacaban sin piedad a los habitantes del pueblo.

Pequeños y detestados visitantes que organizados en densas nubes invadían las casas asediando a humanos y animales. El único repelente conocido en aquella época era la quema de bostas de caballos o vacunos cuya pesada y acre humareda ahuyentaba a los insectos y que, aunque ahogaba a los humanos, era preferible al insistente zumbido y sobre todo, a la picada de esos perversos y oportunistas enemigos.

Yerbas Buenas, nuestra calle, era, como he dicho, la ruta no solo de las nubes de zancudos, sino también de los piños de ovejas, caprinos y vacunos en sus periódicos viajes hacia la cordillera. Los gritos de los arrieros estimulando a las bestias, anunciaba la proximidad de los rebaños. Así, los niños nos aprestábamos a disfrutar desde la seguridad de las ventanas de este desfile que arrieros y perros trataban de mantener en orden. Para los adultos el paso de los arreos, igual que los zancudos, demandaba ciertas medidas de precaución, las que consistían, en este caso, en cerrar puertas y ventanas que permanecían habitualmente abiertas en la hora matutina para ventilar las habitaciones. A veces, cuando los gritos de los arreos no habían sido anuncio suficientemente anticipado, o la reacción de los habitantes no era lo bastante rápida, aparecía de improviso algún animal escapado de la columna en dormitorios y comedores. Nadie se libraba de los riesgos de la época, ni de la invasión aviesa de los zancudos ni de la intromisión involuntaria de algún chivo o cordero. Situación que se volvía más compleja cuando el visitante era un novillo asustado, como ocurrió en el pequeño almacén que tenía mí madre por aquellos años. Sin embargo, todos, adultos y niños, teníamos cierta familiaridad con este tipo de animales ya que prácticamente no había casa en la que no se criaran gallinas, patos, pavos, corderos y hasta chanchos para ser sacrificados en los meses invernales o para cualquier festiva ocasión. Así, las mañanas de nuestro barrio se llenaba de animalescas voces que configuraban un concierto de llamadas y respuestas que iban y venían de un patio a otro del vecindario.

Cuando mi niñez quedó atrás, mi calle dejó de ser la ruta de los arrieros para transformarse en la de los camiones remolacheros. Con ellos llegaron, a la esquina de Freire con Yerbas Buenas, los accidentes que reiteradamente afectaban a la casa de los vecinos de la esquina del frente. A veces estos accidentes provocaban daños graves, como cuando destruyeron el dormitorio matrimonial. En otras ocasiones los daños eran menores pero, invariablemente algún auto o camión terminaba en

el antejardín de nuestros vecinos, razón por la que nunca instalaron una reja definitiva, permaneciendo hasta hoy el mismo cierre provisional a la espera de los nuevos accidentados. Desde el cierre de la planta de procesamiento de IANSA los accidentes disminuyeron, sin embargo, el riesgo sigue latente.

A medida que pasan los años siento que ese barrio y esa calle en la que crecí era mucho más entretenida e interesante ayer que hoy. Con los años calzadas y veredas fueron pavimentadas, aumentó el tráfico hasta convertirse en un desfile interminable de automóviles que fue llenando la atmósfera de bocinazos, ruido de motores y gases contaminantes. Desaparecieron los niños igual que el matutino canto de los gallos coreado por los de otros barrios. Desapareció el carbonero y el vendedor de cochayuyo, ya no se escucha ni la flauta de pan ni el pitido del lechero. De todo ese mundo hoy solo queda la nostalgia y los recuerdos. Recuerdos que pronto serán olvido y desaparecerán para siempre como si nunca hubiesen existido.

## ENCUENTRO

Vanessa Aravena

En la época de los cerezos en flor
la carne trémula solloza.
Las voces en los cerros te esperan llegar
para comenzar la fiesta.

La nieve cayó
y los cerros lucen más esplendorosos,
la carne sigue sollozando,
esperando el aliento de tus brazos.

Sigue la fiesta,
los zapatos rasgados,
tus brazos rodean la luna
y la carne trémula
ya no solloza.

# INVIERNO

Frío y cubierto
con hojas de libros,
inverno mi vanidad
en el vientre materno,
contemplo el brillo
de mis venas y arterias
en mi piel traslúcida,
nado en el mar amniótico
tibio y sereno.
Un soplo cálido
y resplandeciente
me calma y mece
¡Qué tranquilidad!

Escribo desde la placenta
de mi madre,
pero lo había olvidado,
al nacer un velo
cubrió mis ojos,
borrando
los suaves mares
que mecen
mi mano redactando
en la corriente
de mi nado.

# UN METEORITO SOBRE LINARES

(cuando Germán se olvidó de su hermano)

Carlos Mourgues Schurter

Un estruendo ensordecedor remeció puertas y ventanas. Luego un breve silencio, un gran retumbo seguido de ecos lejanos como cascada descendente de un gran trueno. Así culminó el viaje de la humeante bola de fuego que cruzó traqueteando como una locomotora destartalada el vespertino cielo azul de Linares. Siguió un barullo de ladridos de perros asustados, gritos desgarradores de terror, alaridos de madres llamando a hijos y maridos, gimoteos y llantos por aquí y por allá. En el zenit quedaba una estela de humo blanco desplazándose hacia el norte mientras se ensanchaba y desvanecía casi imperceptiblemente. Horas después, la oscuridad se extendió y el brillo luminoso de las estrellas competía con el de la luna reducida a una tajada de melón reclinada cada vez más al poniente. Aún se podía percibir una tenue nube alargada y cada vez más ancha, que ya se diluía casi completamente.

El recuerdo de este acontecimiento trascendió hasta generaciones posteriores transformándose según los relatores de turno. Algunos vieron la caída de una roca espacial, otros el anuncio del fin del mundo y con el tiempo, hasta máquinas voladoras de visitantes marcianos.

Era el 15 de febrero de 1914. Mi padre, de sólo diez años entonces, jamás lo olvidó. Caminaba por Alameda de las Delicias frente al cuartel de bomberos. Luego del episodio, perplejo como los vecinos, corrió a su casa, en Chacabuco con Rengo, ansioso por compartir con la familia. Repasaron juntos lo vivido, conjeturaron y consensuaron en que lo vieron venir desde el norte pasando sobre ellos con dirección al nevado del Longaví. Supusieron que se habría estrellado en las laderas del cerro y que habría rebotado cayendo un poco más allá a juzgar por el segundo estruendo. En días siguientes recordaba haber leído la noticia sobre este meteorito relatada por "El Mercurio."

Este acontecimiento siguió siendo un tema de intenso interés para él durante toda su vida. Más de sesenta años después, instigado por Odette, mi madre, fue a la Biblioteca Nacional y ubicó la noticia en "El Mercurio" del 16 de febrero de 1914. La copió a mano y atesoró en unas páginas de cuaderno. Durante toda su vida prestó atención

cada vez que escuchaba o leía alguna noticia relacionada. Leyó acerca del evento Tunguska de 1908. Así supo que este meteorito había detonado una gigantesca explosión que quemó y deformó miles de árboles en una extensión enorme de kilómetros cuadrados. Su curiosidad aumentaba por lo que ansiaba explorar los faldeos del Longaví donde estaba seguro de encontrar evidencias del choque del meteorito con el cerro. Así, durante 1978 concertó una excursión con Germán, mi tío, su hermano doce años menor, con el que compartían esta curiosidad y muchas otras. Los hermanos partieron hacia Bullileo, en dirección a los faldeos del Nevado de Longaví en la burrita Chevrolet 1928, que antaño fue carro del cuerpo de bomberos de Linares. Inmersos en los cerros salieron a caminar cada uno mirando lo que le atraía. Como compartían muchos intereses, pero no todos, se separaron y entretuvieron con distintos elementos: mi padre encontró viejos coigües y hualles semiquemados o recostados hacia el mismo lado como si los hubieran botado de un gran golpe recordando el gran estruendo e imaginando dantescos incendios. Así fantaseó y disfrutó de sus hallazgos. Pasaron horas. Mi tío Germán, por su parte, miraba, palpaba, olía piedras y materiales que pudieran servir para sus esculturas. Se imaginaba en su taller modelando nuevas formas con estos materiales. Inmerso en sus ensoñaciones y proyectos sintió ganas de volver, se fue hasta su burrita cargó las piedras que pudo y partió en viaje de regreso hacia Linares.

Envuelto en la nube de polvo del camino y en sus ensoñaciones, llega al cruce del Digua, se encuentra de frente con Marcelo, mi hermano, que preocupado por la tardanza en el regreso iba en busca de su padre y tío. Luego de los saludos y mientras el viento se lleva la nube de trumao, mi tío sale de sus pensamientos y recuerda que andaba con mi padre por los cerros. Con inmutable tranquilidad comenta que su hermano, como siempre lo había hecho, ya estaría bajando y no hay de qué preocuparse, sin ponderar que su hermano con cerca de setenta y seis años tenía achaques que no le harían fácil una caminata de 15 o 20 km.

Marcelo hijo no pensó igual y partió camino arriba. Luego de una hora de búsqueda, que sintió como una eternidad, lo encontró empolvado, sudoroso y deshidratado, pero caminando decididamente rumbo

al valle. Ni siquiera se sorprendió que fuera su hijo el que lo encontraba. Con naturalidad se subió a la camioneta y sin mencionar porqué venía solo, pasó a comentar sus hallazgos.

Con su ritmo parco y poco bullicioso siguió entusiasmado contando convencido que un poco más allá de donde pudo llegar, habría un cráter, más arboles volteados, troncos quemados y, tal vez, trozos del meteoro. Y seguiría siempre imaginando volver allí, buscar y encontrar esos preciados tesoros, lo que estimuló su vejez hasta su viaje definitivo.

(Fragmento del relato “Un meteorito sobre Linares”)

## LA CHICA DEL PUEBLO

Iris Bobadilla

**Palmilla**

La fiesta del pueblo emerge de música y colores festivos.
Manos que tejieron, diseñaron el corazón del pueblo.
La gente deambula como torrentes festivos.
Una reja antigua conduce a un Cristo de Madero
que mira con mirada compasiva y paz.
Acaece la tarde en frío otoñal...
Casi al llegar al pueblo. En un escalón está la chica.
En la inocencia de sus años
deja entrever su vestido de amapola.
Su pelo negro trenzado. Sus ojos como pétalos de rosa.
Usa tacones para resaltar su juventud.
Nadie la mira...
Esboza una sonrisa que juega con el aire,
mirada de ensueño...
Mira la vida pasar. Más allá el pueblo casas antiguas
que parecen historias, sin moradores.
Un árbol cargado de granadas sin madurar...
Una mujer, al lado su perro.
Entabla un pequeño diálogo y se despide con amabilidad.
De regreso, jardines donde brotan rosas
teñidas de atardecer silente, guiando el sendero.
Aún la chica permanece en el escaño,
a su lado se ha sentado un joven,
la mira con simpatía y embelesado de su belleza angelical.
La noche despide en música, comidas típicas.
La carretera despide soñolienta
y se acercan las luces de la ciudad...

## LA ESPERA

Antonia Estrrada

Todo en él es poético. Desde lo que toca, lo que ve, lo que hace, la forma pausada en la que mira, la meticulosidad con la que vierte el café cada mañana, procurando la proporción adecuada de agua, la cantidad de granos antes de moler, la música que le acompaña y por sobre todo, su sonrisa que crece con mi llegada.

Espero a unos metros de distancia, girando nerviosa el anillo de plata en mi dedo. Lo observo en silencio y, con cada paso que doy, percibo el suyo propio bosquejando la intención de una palaba.

Ocasionalmente dibujamos un intercambio con los ojos, y muy distanciado en el tiempo, existe el roce de nuestras manos.

Lo poético no sólo es él, sino el cotidiano encuentro mediado por el brebaje que, con su calor nos cala, expectantes, del siguiente paso que no sabemos dar, pero llegará inevitable, como este invierno.

## SEPIA

Hay unas casas bajas
Cuyos suelos dibujan
Flores, estrellas, rayas, maraña
Y entre cada esquina
Hay una separación que guarda
Un poco de tierra
Un poco de golpes
Un poco de recuerdos
Hay casas bajas aquí
En este pueblo sepiado
Donde el amarillo

Se confunde con el sol de trilla
Y donde los ladrillos
Que conforman sus murallas
Se derruyen
Mas amalgaman al calor que abrazan
Cada invierno
Hay unas casas bajas
Aquí
En este pueblo
Que custodian generación
Tras generación
Tras generación
Las murallas dicen
Escuchan y silencian
Nocturnamente dialogan
Las horas dormidas
Y los relojes marcan
El abismal compás de sus habitantes
Esas casas bajas
Las de este pueblo maduro
Me mantienen aquí
Transmitiendo que lo viejo sigue vivo
Y, que a pesar del asfalto
Del vidrio y del metal
El adobe enladrillado
Aún vive.

# ¡PUCHAS; DE HABERLO "SABÍO" MÁS ANTES!

Oscar Mellado N.

Observo con cautela y experiencia, tenía que poner mucho ojo, pá no volver tan luego a la cana a contar los fierros de las rejas, que ya se las conocía de memoria. La práctica de los años le enseñaron precaución y silencio.

Todo bien, ya seguro, trepó con super rapidez el muro dejándose caer hacia el interior con mucha precaución para no ser detenido por algún guardia del mortal recinto, avanzó por estrechos pasillos saturados de tumbas, suntuosos mausoleos, llegó al patio principal sembrado de millar de cruces, luego avanzó hasta la fosa común, lugares que conocía desde muy niño, cuando venía con los cabros del conventillo a jugar a los bandidos, a diferencia que hoy era un bandido y esto no era un juego de sus amigos nacidos y criados en la misma casa con tantas puertas, algunos ya muertos, otros desaparecidos , el resto en algún lugar contaba ladrillos y él no quería volver al encierro y ese mundo que conocía desde tantos años.

Una vez dentro del recinto de la fosa común, encendió las velas hurtadas al pasar como también las flores que había tomado de otras tumbas, lanzó estas flores sobre el patio que cubría a los desafortunados que allí duermen su descanso eterno. Se persignó con devoción y mucha fe, hincado rezó a su almita milagrosa: "Santito mío, te vengo a dar todas mil gracias por tantos favores que me hay concedío, mi angelito de los Milagros perdona que me fui a incriminar contigo, si too lo que te he pedío me los hay dao, sin ninguna falla, siempre puntual y sin engaño ni falsas promesas…" Confío tanto en Ti, mi angelito.

¡Puchas; de haberlo sabío más antes!

# LA IMPACIENCIA DEL SILENCIO

Loyth Verdugo A.

¿Y si no avanzara el tiempo?
¿Si la canción quedara interrumpida?
¿Si la película en pausa?
¿O si risas y llantos quedaran en mute?

Escuchando es como vivimos.
El silencio solo da sentido y ritmo a cada sonido.
Sin embargo, los movimientos de la luz durante cada día,
y los de las manos y labios, de rostros y brazos,
sean de personas extrañas o amigas,
son los que dan su tiempo y su significado
a oídos que, por motivo natural o innato,
no perciben sonido.

¿Cuánto tiempo esperarías por una respuesta?
¿Cuándo fue la última vez que oíste su voz?
¿Cuánto aguantaste sin llamar?
¿Cuándo fue la última vez que amaste en silencio?

# LINARES CUENTA CON UNA RICA HISTORIA

Marco Antonio Moreno Morales

Edificios patrimoniales y destacados hombres hicieron grande nuestra ciudad.

**Edificaciones Históricas**

**Parroquia Corazón de María:** un templo católico con estilos arquitectónicos románico y gótico, construido entre 1896 y 1905, declarado Monumento Histórico en 1995.

**Catedral de San Ambrosio de Linares:** una iglesia histórica que data de la fundación de Linares en 1794.

**Museo de Arte y Artesanía de Linares:** un museo que alberga colecciones de arte y artesanía, ubicado en una casa colonial del siglo XIX.

**Gobernación Provincial:** un edificio que ha sido sede de gobierno por más de 123 años y es la única construcción de Linares del siglo XIX.

**Casa Cuéllar:**

El 6 de abril de 1813 se produjo el primer hecho de armas al rendir los milicianos comandados por Bernardo O'Higgins a un destacamento español acantonado en Linares, siendo ascendido por esta acción al grado de Coronel del Ejército. El triunfo fue celebrado bajo un frondoso árbol del fundo Cuéllar y se le llamó El Peumo de la Gloria.

**Hombres destacados:**

Nos referimos a personas que han hecho aportes significativos a la cultura, historia o sociedad de nuestra ciudad de Linares y cuya contribución es reconocida y valorada. Entre estos destacan:

**Valentín Letelier Madariaga:** fue un abogado, político, bombero e intelectual chileno. Se especializó en temas de educación y derecho administrativo. Fue miembro del Partido Radical y diputado. Ejerció el cargo de rector de la Universidad de Chile entre 1906 y 1913. Nació el 16 de diciembre de 1852 en Linares.

**Dolores Ferrada:** fue una figura notable de Linares, conocida por su filantropía y dedicación al cuidado de los más necesitados. Se la llamaba La

Providencia de los pobres y fue fundamental en la historia del Hospital San Juan de Dios de Linares. Su importante legado data de 1875 cuando, sin dudar, se hizo cargo del hospital local, incluso radicándose en él y renunciando a sus comodidades personales. Después de presenciar un parto difícil, fundó una pequeña sala de maternidad con cuatro camas, salvando a muchos bebés. Ella, junto con otros vecinos, donó los terrenos donde se construyó el Hospital San Juan de Dios, que luego se convertiría en el Hospital Base de Linares. Doña Dolores falleció en Linares en 1920.

**Carlos Ibáñez del Campo**: fue un militar y político chileno, que ejerció como Presidente de la República de Chile en dos ocasiones diferentes: primero, como dictador entre 1927 y 1931, y luego en un periodo legítimo y democrático de 1952 a 1958. Nació el 3 de noviembre de 1877 y falleció el 28 de abril de 1960 en Santiago de Chile.

**Ana Margot Loyola Palacios**: fue una folclorista, compositora, guitarrista, pianista, recopiladora e investigadora del folclore chileno. Para sus investigaciones, aplicó un método de campo de estilo antropológico y etnográfico, culminando con la escenificación de una estética. Junto con Violeta Parra y Gabriela Pizarro, es considerada una de las tres investigadoras esenciales del folclor de Chile. Obtuvo el Premio Nacional de Artes Musicales de su país en 1994. Falleció el 3 de agosto de 2015.

**Pedro Olmos Muñoz**: fue un pintor y dibujante chileno de carácter costumbrista. En la década de 1960 se instaló con su esposa en la ciudad de Linares, donde dio clases en el Liceo de Hombres de esa ciudad. Además, fue uno de los impulsores del Grupo Ancoa y del Museo de Arte y Artesanía de Linares. También restauró el Museo de Historia de Yerbas Buenas, la "Casa de Pareja". Falleció en Linares el 9 de mayo de 1991.

**Germán Mourgues Bernard**: sus estudios los realizó en Santiago en la Escuela de Artes y Oficios, donde fue alumno de Samuel Román. Durante esos años, trabajó con muralistas mexicanos, dejando una huella de sus trabajos. Al llegar a Linares, participó en la construcción de la catedral de la ciudad, específicamente en los capiteles de la parte central, y también en la construcción del Museo de Arte y Artesanía de Linares. Trabajó junto con el pintor Pedro Olmos en unos relieves para la tumba del obispo Roberto Moreira. Además, realizó un trabajo de cerámica esmaltada para

la sede Gota de Leche. Fue el más grande artista de nuestra ciudad y también se destacó por las máquinas de su taller, construidas por él mismo. Germán Mourgues fue un artista y artesano caracterizado por la multiplicidad de sus intereses, cultivando una mente abierta y desprejuiciada. Su particular visión del mundo, su singular personalidad y su obra de profunda originalidad lo convirtieron en una figura central de la comunidad linarense, un maestro al cual acudieron numerosos discípulos. Así, se le considera un "renacentista atemporal".

Finalmente, se aproximó a la pintura, donde continuó su temática, traduciendo al lenguaje bidimensional lo que ya constituía su personal forma de expresión… su estilo.

# LA MÚSICA

Gabriela Mourgues O.

A veces es un jardín secreto que está muy cerca de todos y aunque cuyas claves de acceso no conocemos, ella está siempre esperando a ser descubierta y disfrutada para permitirnos crecer como árboles libres.

Y siempre ha estado ahí. En todos los lugares, en todos los rincones de este mundo. A veces despertando las caderas, energizando los cuerpos, llenando de sensualidad o de alegría. Abrazándonos, deslizándose, asaltando nuestro yo más íntimo, apartando la concha dura que nos encierra. Abre todas las puertas, nos inunda con todas sus sinuosidades introduciéndose en el corazón, en la mente y en el cuerpo. A veces nos agujerea de dulces y cristalinas flechas o nos lleva a la inmensidad conectándonos más allá de todas las estrellas.

Aunque cuando nos adentramos en ella pueda ser dolorosa cual cuchillos, misteriosa y amplia como un mar, llena de aromas desconocidos, cimas y profundidades… Triste puede ser también, llena de colores inexplorados que se quedan vibrando en el silencio, lluvias que nos lavan de esas capas que nos han rodeado como caparazones duros.

En tiempos idos la música fue ese poderoso canto grupal que unió en suma de voluntades las fuerzas de una multitud de constructores de esas ciudades y moles de piedra que hoy no comprendemos.

Lamentablemente también sonó triunfante antes de muchas batallas jalonada de gritos salvajes de destrucción. Asimismo, en cierto tiempo la sintieron los torturados como burla precisa y monstruosa de sus padecimientos, como la guinda que coronó su vejamen...

Ojalá todas las artes volvieran a ser el prístino descubrimiento de la humanidad, la telúrica experiencia de la tribu y el mágico develamiento de la trascendencia de la existencia.

Pero en tiempos de desorientación y extravío, hoy vivimos bajo una oscura amenaza; como muchas otras cosas, la grandeza de la música está siendo desvirtuada, sometida, desmembrada y vilmente usada por los que nos quieren consumiendo tallarines, desodorantes, autos y lavadoras. Ellos convierten la música en el maquillaje vulgar de anuncios comerciales estúpidos para que sigamos comprando.

Ojalá la música irrumpiera en nuestros caminos vitales, ojalá que nos llame al despertar una mañana de pájaros que inunden esta cotidianeidad de improviso, como una lluvia de colores interrumpiendo nuestro tránsito hacia el infierno.

# LA ÚLTIMA CENA

Antonia de María

¿Han notado los majestuosos paisajes del atardecer? Pareciera que todos los colores sobrantes de las paletas de todos los pintores famosos de la historia hubiesen acordado desparramarse con ayuda del viento, entre los árboles, el cielo y la tierra para luego dormirse mientras el día se apaga. Incluso los matices de grises tienen entre sus recodos unos finos rayos de luz que le dan vida a las partículas de polvo en suspensión. La cordillera se vuelve ruborosa y coqueta cuando el sol, que va pasando, tiene la osadía de mirar hacia atrás. El aire es tibio, el calor se va volviendo más humano, el horizonte se llena de naranjas y lilas y rosas.

Yo salí tarde del trabajo, mañana empezarán mis vacaciones. Con el cuerpo aun húmedo por el calor de la tarde, camino por la Alameda de Linares, pensando a dónde ir, me compro un jugo donde los colombianos y casi me tiento con un pollo krispy y papas fritas porque tenía hambre, pero el sueldo lo pagarán dentro de la otra semana y debo ser prudente. Este también podría ser mi último año de trabajo. He notado ciertos dolores lumbares y fatigas embrionarias y clandestinas que se están entreverando en mi cabeza y que, a veces, logran borrar mi buena predisposición.

Ahí, sentada frente al carrito de los colombianos, me bebo mi jugo de maracuyá, espeso y muy frío, podría dolerme la frente como cuando era niña, pienso, así es que lo bebo muy lentamente.

La gente pasa y se sustituye una tras otra delante de mis ojos. Algunos predicadores evangélicos que cantan alegremente y llenos de esperanza, me traen a la memoria algunos chistes y memes y sonrío.

Pasan unos niños velozmente sobre unos skates, trayéndome un poco de realidad. Trato de no pensar. El bullicio de la ciudad ha disminuido, no sé si por el calor o las vacaciones y de vez en cuando algunos jóvenes con mochilas grandes y pesadas sobre la espalda piden con educación algunas monedas. Festivales de verano, con artistas de incipiente calidad acompañan a los que no han salido fuera de la ciudad en esta época del año. Pienso que no es mucha la diferencia con otros momentos del año. Con el frío y las lluvias la gente se acurruca en sus casas y los niños se acuestan temprano. He terminado mi jugo. Miro hacia el cielo y veo las estrellas y las copas de los árboles y pienso

que este año los incendios forestales nos dieron una tregua. Doy las gracias, me levanto y camino, sin querer, cabizbaja.

Ya casi no veo, la soledad a veces se vuelve impertinente y quiere hacer un berrinche asomándose primero por la garganta como una pequeña picazón y luego se va a chapotear justo en los ojos.

Siempre en los inviernos tomo un curso de algo. Cursos de liderazgo, relaciones humanas, contabilidad básica, lenguaje de señas, computación, lo que sea que se vea interesante. No lo había notado hasta ahora pero no hay muchos cursos de verano. Intenté por cinco años aprender a nadar, tomé los tres cursos de las temporadas de natación en el estadio y jamás pasé de la fila inicial, no fui capaz de desprenderme del tallarín. Después vino la pandemia, si no, lo habría seguido intentando…

Así como iba, absorta en mis pensamientos, casi al llegar a mi casa, un joven, alegre, chispeante me habla muy cerca y me asusta. Su acento y las noticias no son sus mejores atributos y me pide monedas o algo de comer.

No le escuché bien. Yo me fastidio y le respondo algo irritada "ando en las mismas", "ya" me responde y se aleja, avanza unos veinte metros, pide algo en una casa y yo paso por su lado, cabizbaja, preguntándome por qué le respondí así, no pensé en la respuesta, no era algo que quería decir y no lo digo por el contenido "ando en las mismas" ¿ando en las mismas? ¿ando mendigando? Entonces me alcanza, me toma del brazo, un rulo le cae por sobre la frente y sus dientes blancos y parejos se muestran en plenitud. "Tengo pan y tomate" me dice "y una botella con agua". Las lágrimas, insolentes y rebeldes avanzan como en estampida. La soledad mía no es estacional. Es crónica. Ya no pienso nada más.

Nos sentamos en el bordillo de la vereda y con habilidad y sin herramientas abre el pan y divide el tomate en dos, con sus dedos, poniendo un trozo de tomate en cada trozo de pan. Nos contamos historias, nos reímos, hablamos de ilegalidades y nos seguimos riendo. Se va con miedo a dejarme sola, yo espero a que desaparezca por la calle hacia arriba y entro a mi casa vacía. El atardecer, con sus colores de fuego y rocío también se había ido.

Tal vez Jesús, vestido de migrante, quiso compartir su cena conmigo esta noche.

## COLABORARON EN ESTA EDICIÓN

**Oscar Mellado**: Escritor cuya obra trasluce extensas y variadas experiencias vitales, con un innato sentido de la metáfora e imagen poéticas reflejando de una forma muy personal la identidad chilena, características que lo han hecho merecedor de premios y reconocimientos.

**Esaú Mourgues:** es profesor de artes visuales , escultor, licenciado en gestión cultural y actual presidente de la Agrupación Cultural Germán Mourgues Bernard. Su tardía aproximación creativa a la literatura se produce a través de su participación en el Taller "Mourgues Literario".

**Vanessa Aravena:** Kinesióloga titulada en la Universidad Santo Tomás. De temprana vocación poética, su obra comienza a difundirse públicamente en 2018 participando en diversos grupos y talleres literarios. Su delicada poesía celebra la vida, la tierra y la naturaleza.

**Carlos Mourgues:** Enamorado de las plantas y la naturaleza este médico psiquiatra de gran calidad humana, en su primera colaboración con esta revista recoge con habilidad la relación entre un evento natural histórico con el retrato de las características personales de los personajes.

**Antonia Estrada:** Profesora de inglés originaria de Concepción, entusiasta promotora de las artes y la cultura, junto con el cultivo del canto y la música, literariamente demuestra una gran sensibilidad en sus creaciones.

**Loyth Verdugo:** Arquitecto de profesión que los últimos años explora y descubre su talento literario en el que hace gala de una notable capacidad de síntesis y una profundidad reflexiva que refleja en su poesía.

**Marcos Moreno**: Connotado escultor linarense, autor de varias obras en espacios públicos de la comuna, entre los que se destacan las esculturas que recuerdan a Servandito y a Margot Loyola. Discípulo de G. Mourgues en su juventud.

**Ruth Elgueta:** Escritora que demuestra un gran talento y facilidad narrativa. En su trabajo literario refleja su gran capacidad de comunicación junto con una visión solidaria y esperanzadora de la humanidad.

**Iris Bobadilla:** Poeta, activa participante de grupos culturales y literarios. Forma parte del Colectivo Cultural Jorge Yáñez Olave y la Agrupación Cultural Germán Mourgues Bernard, Chile, país de poetas, Prisma. También ha participado en varios talleres de escritura incluido el "Mourgues Literario".

**Gabriela Mourgues:** Ortega, profesora retirada que ha escrito desde hace mucho, sin embargo, un injustificado pudor le había impedido mostrar su obra hasta hoy que lo hace a través de su participación en el trabajo de Taller. Su trabajo revela una delicada sensibilidad y gran fuerza expresiva.

## NUEVOS BROTES POÉTICOS

Desde la revista anterior hemos creamos esta sección a través de la cual deseamos ofrecer a los jóvenes estudiantes con inquietudes artístico literarias un espacio para mostrar su trabajo. El arte, especialmente la literatura, tiene (o debería tener) la virtud de suscitar la reflexión y el pensamiento crítico. Actitud cada vez menos frecuente en la actual cultura de la entretención.

En esta ocasión presentamos a dos jóvenes, Marianela Aravena y Saray Norambuena estudiantes, una del Liceo María Auxiliadora de nuestra ciudad y del Liceo Comercial el otro. Dos jóvenes que dan sus primeros pasos en la enriquecedora aventura por el territorio literario, dos jóvenes que han tenido el valor de detener el torbellino de la vida actual para mirar hacia adentro de sí mismos, hacia su alma. Valioso y escaso ejercicio en el mundo de hoy en el que estamos bombardeados por estímulos que tienden a mantenernos vueltos hacia afuera, en la superficie y la inconciencia.

## RAÍCES DE SOL Y MEMORIA

Marianela Aravena Lobos

Villa alegre, cómo pasas en el tiempo,
antigua duerme la tierra
que te hizo crecer y expandir tu eufórico canto,
Villa Alegre, en ti brotan siglos de encanto donde
el campo florece
entre manos callosas.

En ti la Alameda murmura, excesiva herencia de siglos
y su eco entre muros
canta el rezo en piedras y fe,
Entre herencias de siglos tus naranjos resplandecen
los nobles aromas a infancia y eternidad
surgiendo en ellos
historia y sabor de campos nostálgicos.

Bajo el silbido de viejas locomotoras
surge la innovación
de años de espera,
todas las memorias sonoras nos llaman
con sus campanas de viento austral.

Imponente iglesia colonial,
de cal y de canto,
guardiana del llanto,
de boda, de rezo y de siglos de ferviente encanto,
resguardo del Alba de nuestros corazones
en búsqueda de susurros dorados.

Del barro al brote, del brote al espigo,
nace la vida en sudor y conciencia inefable,
entre campos verdes, canta gente,
el Maule entero late es un simiente,
de surcos de esperanza.

## CRISTALES QUERIDO

Saray Norambuena

¡Ha llegado carta!
Desde el filo de la montaña, en el revoltijo de postales,
tu aroma en ella destaca.
Tu invitación definida, y si acepto con una sonrisa.
¿Debería poder ser capaz de oír tu risa?
Así que me he preparado, con mi voz firme y decidida.
Y dentro de mi canasta.
Llevo mermelada de frutilla.
Aquella que siempre solías untar al pan.
Al pie de aquella montaña.
¿Por qué se ve la distancia tan diminuta?
El camino hacia su filo.
Me sonríe con el canto de las golondrinas.
Y al ver la mesa ya servida.
Me alegro de ver que en tus recuerdos.
Cabe espacio para mis manías.
¿Y en ese plato cabrán aún más cerezas?
Esas que me recuerdan a tus mejillas en primavera.
Ese pie que endulza mi alma.
Con la gracia de tu delicadeza.
Quizás un poco más de leche.
Que solo me gusta si viene de tu vaso.
O de aquella agua que enfrezca mis pensamientos.
Pero aun no te saca de mis recuerdos.
Y si viene de tu alma.
¿Puedo beber también de la que viene de tus labios?
Aquella que parte mi corazón.
Para regalarte un pedazo.
Y si en la copa del naranjo.
¿Vuelvo a encontrar nuestra historia?
O quizás el pie de recuerdos.

Para volver mía, nuestra nota.
En todo caso.
Para mi suerte, o la del destino.
Hoy he llegado al pie del camino.
Donde las rosas, recién florecidas, me invitan a besar tu boca.
Donde el roble, en su capricho.
Nos cubre de delirios.
Y el azul del río.
Nos canta en su buen querer.
Mientras cada pájaro cantor.
Nos desea con anhelo.
Que nuestras risas sean el acompañante.
De su bella obra de arte.